

ICARIA

REVISTA DE CRITICA Y CULTURA



Nº 7 — TOMO I
ENERO 1983 — AÑO 2

Director
Emilio J. Corbière

InCI
Ernesto Golar

PERONISMO Y SOCIALISMO:
JOHN WILLIAM COOKE

El pensamiento de John William Cooke¹ es la expresión más lúcida del peronismo revolucionario. Exhibe un marxismo librado de los anaqueles, vivo, que inserta naturalmente en el peronismo, quien lo recibe ávido, consciente de su potencialidad transformadora. Cuatro ideas esenciales reiteran sus escritos, ejes ciertos que estructuran con seguridad más subtemas pero que en conjunto guardan relación entre sí como "clásicos" a los que Cooke empecinadamente vuelve: 1) la idea de partido, 2) la crítica de la burocracia, 3) el peronismo entendido como negatividad, y 4) el socialismo. Estos temas anuncian por sí solos la incidencia del marxismo, primero anticipado y después explícito de Cooke.

¹ John William Cooke (1920-1968) diputado peronista. Luego de 1955 organiza la resistencia contra el gobierno militar. Perón, en el exilio, lo designa "delegado". Despromovido por la burocracia viaja a Cuba y se convierte en partidario de la Revolución. Cooke simboliza al peronismo revolucionario. Obras: Peronismo y revolución, Apuntes para la militancia, La lucha por la revolución nacional, Peronismo e integración.

La descripción de la correspondencia Cooke-Perón², es imprescindible para apreciar el carácter "diferenciado" del pensamiento de Cooke. Esta se inicia el 12 de agosto de 1956 y finaliza casi diez años después, el 21 de febrero de 1966. La primera parte es Perón-Cooke o viceversa; la segunda es, en cambio, Cooke casi sin receptor, en un monólogo dramático. En ese epistolario caben todas las audacias del pensamiento político. Fundamentalmente, al principio, es un diálogo entre dos personalidades conscientes de hacer época, inteligentes, desmedidos, con la franqueza de quienes saben hacer política. Hablan, planifican, controlan, critican y ponen en ejecución: se respetan. Cooke siempre lo admirará como líder, y Perón, tan proclive a las paternalidades, no se atreve a ponerse en consejero, aunque en el instante de mayor aspeza, cuando el colocojo se ha roto, lo llama "querido Bebe". La "correspondencia" comienza con un ancho sendero que después se bifurca, no en laberinto, sino en paralelas equidistantes, fijas, irreconciliables. Cooke y Perón dicen todo lo que quieren decir, o lo omiten, para estar finalmente —diríase con alivio— en absoluto desacuerdo.

Por estas cartas transcurren todos los temas de la política: problemas de estrategia y táctica, sociología de la revolución, electoralismo, golpe de Estado, metodología, filosofía, teoría de la organización, el partido, la burocracia, la insurrección y el socialismo. En 1956 Perón convoca a la Resistencia, para dirigir esta misión elige a Cooke.

El texto revela dos caracteres. El Perón del primer tomo es de un eterno optimismo, calmo y entusiasta a la vez, un "realista" que saca conclusiones generales, universaliza la situación y traza la estrategia repitiendo los esquemas de *Conducción política*: unidad de acción y unidad de concepción. Para él, la estrategia es un vasto denominador común: así habla del "honor de los generales" —esos mismos que lo echaron—, da varias "directivas" distintas —¿A Cooke y a cuántos otros?—. Por ejemplo, no se sabe si en las elecciones proscripivas de 1957 propicia el voto en blanco, la abstención, o si le cierra del todo la puerta al frondismo. Habla de armas, sabotaje y de "quilombificar" al país. Pero de pronto se descuelga con la idea de una huelga obrera general donde "sería menester hacer parar a todos los patrones" (sic), fechada en Caracas, 17 de mayo de 1957, o busca sostén geopolítico en las inversiones norteamericanas ("creo que si no conseguimos su apoyo, por lo menos conseguiremos que no apoyen a la dictadura", Caracas, 5 de junio de 1957), para terminar calificando a los Estados Unidos como "gobierno amigo", Caracas, 11 de junio de 1957.

Perón no es severo con los "neoperonistas" ni con los oportunistas

² Correspondencia Perón-Cooke, dos volúmenes, Editorial Papiro, Buenos Aires, 1972.

que "usan su nombre". Utiliza a todos, deja que el tiempo corra a su favor. Es un evolucionista: "la dictadura se está autodestruyendo", asegura. Es un dirigente equívoco, afecto a las generalizaciones contradictorias, a la idealización de la armonía, a la idea de la conducción como un conjunto tan indiferenciado que resulta imposible conducir. Fanon observaría en este rasgo el "marasmo" típico del nacionalista burgués.

El expectativismo no es un defecto personal de Perón. Se trata de su concepto de la organización y de una idea imposible de la insurrección. Ahí choca con Cooke. Este domina —conoce— el terreno, es concreto, particulariza, reclama precisión táctica, una estrategia y táctica en la política insurreccional, observa el detalle y el conjunto, señala la necesidad de la ofensiva, no cree en la "buena fe" de los equivocados, denuncia el desviacionismo de los traidores, contrasta es optimista, sí, pero indicando carencias ("no tenemos organización"), busca homogeneidad, diferencia. No cree en el determinismo histórico; hay que "crear las condiciones" repite, montar una organización revolucionaria, centralizada y única. Perón lo decepciona: "Si diez grupos trabajan me entiendo con los diez", contesta. Entonces comienzan a cambiar el todo de las epístolas. Cooke se plantea: ¿Perón quiere la insurrección o no la quiere? Le exige definirse. Perón contesta pensosamente, no sabe adónde va ni lo que se debe hacer: la carta del 17 de mayo de 1957 (Caracas) es patética. Ni que sí, ni que no, antes al contrario. Desde ese momento Cooke informa y Perón responde "muy afinado", y agrega algunas generalidades. La correspondencia se hace tensa y los protagonistas preveen el desenlace. Lo dirá Cooke en una de las piezas más talentosas de la acción revolucionaria en Argentina: la carta del 28 de agosto de 1957.

Se trata de un extenso y completísimo *Informe general y plan de acción*. Si Perón lo aprueba parece posible tomar el poder. Si se continúa con el manoseo de indefiniciones, ambigüedades y armonías con mediocres, la oportunidad se retrasará indefinidamente. Los objetivos del plan no pueden ser otros que la insurrección general. Para ello, insiste Cooke, debe sensibilizarse la organización captando las condiciones objetivas y subjetivas ("el nivel revolucionario popular"), el deteriorado frente del adversario ("descomposición de nuestros enemigos") y el momento de la insurrección. Por toda respuesta Perón le asegura que "el plan es digno de Napoleón" (Caracas, 1^o de setiembre de 1957). El 18 de junio de 1958 Perón le envía a Cooke, desde ciudad Trujillo, una carta-crítica y lo despromueve.

A partir de ese momento la correspondencia se desvanece, transcurren meses, incluso años, entre una carta y otra. Cooke insistirá obsesivamente por tener a Perón informado, por arrancarlo de España. Critica a los delegados que ha puesto a la cabeza del Movimiento y analiza el fracaso del "operativo retorno", en 1965. El tono es duro:

"Reinicio la relación epistolar —unilateral— que venía manteniendo con Ud." (16 de mayo de 1962). Perón no contesta. Cooke sigue escribiendo: "Ud. eligió las direcciones que actúan en la Argentina. Si eligió ciegos, sus razones habrá tenido, que no puedo adivinar; pero, por favor, déles un bastón blanco a cada uno para que no se los lleve por delante el tránsito de la Historia, porque seremos todos los que quedaremos con los huesos rotos". Le pide cosas imposibles a la ideología de Perón: "Definir al movimiento como lo que es, como lo único que puede ser: un movimiento de liberación nacional, de extrema izquierda en cuanto se propone sustituir el régimen capitalista por otras formas sociales, de acuerdo a las características propias de nuestro país" (marzo 3 de 1962).

Cooke le escribe finalmente: "Fidel (Castro) lo invita a que se vaya a vivir a Cuba, donde Ud. será acogido como corresponde a la jerarquía de líder del pueblo argentino". Es inútil, Perón no contesta. Cooke se cansa —escribió durante diez años— y confiesa estar derrotado por la tosudez de Perón. "Mis argumentos —le dice desde La Habana en enero de 1966— no tienen efecto: Ud. procede en forma muy diferente a la que yo preconizo, y a veces en forma totalmente antitética" (...). "Ud. es invulnerable a mis razones".

INTRANSIGENCIA, INSURRECCION Y PARTIDO

¿Qué diferencia a Cooke? ¿Qué hace original a su pensamiento político? ¿Qué ingrediente básico lo define continuamente como alternativa? Puede parecer redundante, pero aquello que diferencia a Cooke es su criterio de diferenciación. Cooke considera ya para 1956 agotada la presencia en el peronismo de los viejos figurones que siguen sembrando la confusión y el desconcierto. La meditada planificación de la línea insurreccional entraña el desplazamiento natural de los inútiles y de los tráfugas proclives a todas las maniobras "recuperadoras" del sistema: la "integración" frondizista, la salida electoral, la imaginaria golpista, el "participacionismo" con los militares, en 1966. Cooke es la intransigencia en el movimiento nacional, el alerta, para que la clase obrera no afloje. "Producido el zarpazo septembrino —dirá para septiembre de 1957— el peronismo sin vacilaciones proclamó la intransigencia absoluta como única actitud éticamente admisible. Fue una respuesta a los planes de vasallaje, una negativa a complicarse en la entrega, un desafío a la perversión transitoriamente victoriosa". Pero no todos los peronistas siguen esa línea: ahí están los blandos, los neoperonistas, los pactistas de turno manobrando el triste comercio de los votos. Cooke los denuncia y marca la diferencia. Entonces, lo distinto, lo original de la línea cookiana, es la práctica, el modelo de la insurrección o, para ser más precisos, la política insurreccional de masas.

Cooke, en discordancia con el inmovilismo burocrático que frena al peronismo, concibe la liberación como una empresa humana consciente, donde la negativa a ser absorbidos por el sistema importa la construcción contestataria de la iniciativa insurreccional, que sólo puede consolidarse con el asalto al poder. Si propone en 1957 que sólo "una política insurreccional de masas aplicada a las nuevas condiciones cambiará rápidamente el cuadro actual objetivo", es porque sabe que el factor subjetivo introducido en el proceso histórico se transforma en objetividad. Luego, no hay que esperar que las condiciones maduren, hay que crearlas. Cooke afirma una política insurreccional de agitación, propaganda y hechos, que abarque desde huelga general revolucionaria hasta la organización de los intelectuales, estructurando un frente amplio pero diferenciador, pensado como ofensiva organizada del pueblo. No se trata de una vanguardia purista de elegidos, ni un grupo de aventureros, sino una política insurreccional dimensionada en la lucha de clases, reciprocidad dialéctica de la vanguardia y las masas, acción popular y lucha como continuación de la política.

En noviembre de 1960 Cooke es categórico: "Cualquier tentativa de realizar una lucha de liberación nacional dentro de los carriles de la pseudo legalidad liberal-burguesa es un contrasentido. Como lo es creer que las fuerzas revolucionarias pueden alinearse en forma estática, sin salir del terreno teórico. O, lo que sería un disparate, hacer alianzas electorales y mangonar votos para pegar algunos gritos en el parlamento, gritos que nadie escuchará y que, en todo caso, nada remediarán".

Pero Cooke no es un tremendista, conoce el riesgo y las incertidumbres de la muerte y el error: "Los revolucionarios no queremos la muerte, sino la revolución". Sin embargo, hay que empujar la historia. La revolución necesita de una práctica consciente y viva, un acto donde no caben la espontaneidad ni el aventurerismo voluntarista, por más heroico que sea. Revolución es también la lucha silenciosa, el instante preparatorio, el anónimo aporte que aparentemente se opone al milagro de las soluciones estruendosas. Durante la conferencia pronunciada en Córdoba el 4 de diciembre de 1964 Cooke puntualiza: "El reformismo burocrático y el tremendismo revolucionario, no son los términos del dilema peronista. Es una falsa disyuntiva".

Vislumbra la necesidad del partido revolucionario. Le exige ser obrero, independiente, diferenciado del reformismo, el lugar donde aflore toda la potencialidad revolucionaria. La petición final del partido será alterar el "sacramento de la propiedad privada", y frente a la coyuntura capitalista dependiente, hegemonizar el frente nacional antiimperialista. Pese a esto, en Cooke, el partido no es un imperativo categórico. No aparece en el pensador y militante un relevamiento explícito de las relaciones entre partido, vanguardia y masas.

No aparece, simplemente, porque para Cooke el partido es la política insurreccional. De ahí surgirá, germinando, haciéndose, construyéndose en los embates y reflujos de la acción cotidiana. Cooke rechaza explícitamente la concepción stalinista del partido meditado como "docena de revolucionarios profesionales" que salvarán a la república. Cooke se acerca así en su idea del partido a Fanon, a Rosa Luxemburgo, a Gramsci, porque entiende a la organización como múltiple forma expresiva de la lucha del pueblo y producto del grado real de la conciencia de las masas ascendiendo a la conciencia posible.

BUCROCRACIA Y REFORMISMO

"Lo burocrático —subraya Cooke— es un estilo en el ejercicio de las funciones o de la influencia. Presupone por lo pronto, operar con los mismos valores que el adversario, es decir, con una visión reformista, superficial, antiética de la revolucionaria"³. Este esquematismo mental subroga la acción por la inercia cómplice, emblemática el oportunismo centrista y separa la teoría (cuando la tiene) de la práctica que permitiría realizarla. El modo de ser burocrático es el colmo del pragmatismo; prefiere mullirse en la entelequia de no preguntar jamás frente al hecho concreto y decisivo: "¿quién tiene el poder de decisión, la burguesía o los trabajadores?". Cooke realiza la crítica a la burocracia como modelo irracional de una pretendida "razón", deteniéndose particularmente en los "dirigentes sindicales", representantes obreros de mentalidad colonial y burguesa.

El burócrata ejecuta su acostumbrada ineficacia incontaminándola de política revolucionaria. Esta sería, para Cooke, la "proyección hacia el futuro que debe buscarse en cada táctica, en cada hecho, en cada episodio, para que no se agote por sí mismo"⁴. El burócrata es un simple cuantificador de tácticas a las que suma sin transformar en calidad estratégica. El imperio de los ideas dominantes, la superestructura ideológica impuesta por el imperialismo en las condiciones de dependencia y la cosmovisión burguesa liberal en la sociedad argentina de clases le han bajado una línea de pensar, de discernir y actuar, que lo hace hipersensible a las acusaciones de "subversivo" y le introyecta una perversión paternalista sobre la masa de afiliados de su gremio a la que jamás moviliza, pues desdeña a las bases y se arroga autosuficiencia en la dirección.

Sin embargo el burócrata es una contradicción. El impulso creyente de la lucha de masas desbrozará por instantes su confusión, pero tan sólo le convertirá en un reformista que prefiere un orden social distinto al que vive. Al orden social lo sabe injusto, pero no

³ Las citas que siguen corresponden a John William Cooke, *Peronismo y revolución*, Ediciones Papiro, Buenos Aires, 1971 (p. 20).
⁴ *Ibid.*, p. 20.

lo concientiza, vale decir, no lo concibe como orden perecedero y sustituible, piensa utilizar al orden para acceder al nuevo orden, odia al desorden y respeta a la ley y se engancha encandilado en los andariveles de la ficción de la legalidad colonial o en las ilusiones del golpismo. No puede hacer política porque no dispone de una política independiente. "El burócrata —escribe Cooke— quiere que caiga el régimen, pero también quiere durar; espera que la transición se cumpla sin que él abandone el cargo o posición. Se ve como el representante o, a veces, como el benefactor de la masa, pero no como parte de ella; su política es una sucesión de tácticas que él considera que sumadas aritméticamente y extendidas en lo temporal configuran su estrategia"⁵. En resumen: el burócrata no percibe que él es parte del régimen que pretende transformar.

El burocratismo es el desvel que debe barrerse para poner la política a la altura de la política revolucionaria, ya que es una rémora nociva que se introduce en los intersticios de la conciencia y provoca el descenso en el ascenso histórico de la conciencia real hacia la conciencia posible (antiimperialista y socialista) predicando el quietismo y la oscuridad. El "espíritu" burocrático es el estereotipo aliado en la desalienación, el sistema burgués enquistado en el proceso revolucionario. Luego, para avanzar, hay que quitarlo del medio.

Los burócratas son crédulos por antonomasia. Piensan que para provocar hechos hay que prosternarse ante los hechos, hacer buena letra, rendirse ante el desbarajuste de la inorganicidad. Cooke ha instado mil veces a montar una organización, pero para disponer de ella, para "colocarse en las mejores condiciones posibles, hay que tener una política". Y los burócratas son apolíticos, predicadores de la mansedumbre, filósofos de la bruma, "ideólogos de la alienación". No atinarán a desprenderse de las hipótesis sin correlato y de las remanidas artimañas de comité: "no se trata de acertar una tómbola sino de orientar una praxis multitudinaria"⁶ reclama Cooke. Pero el burócrata no relaciona, no concibe al hombre como protagonista de la historia, no advierte detrás de lo aparente la intimidad esencial de los fenómenos. Marcha a remolque, desracionaliza los acontecimientos, la óptica burguesa de la que es prisionero le impide develar la verdad histórica.

Por último, el burócrata confirma al "realismo". La política pragmática de la burocracia significa que para ella la revolución es una fatalidad ajena a la historia. Realismo es hacer nada; realismo es quedarse en paz porque las buenas cosas vendrán por sí solas. Con este esquema de inacción perpetua, ¿para qué preocuparse? Luego todo lo que sea empujar el curso del tiempo es utopía: el socialismo

⁵ *Ibid.*, p. 21.

⁶ *Ibid.*, p. 114.

está plenamente injustificado, la lucha de clases es una aventura irresponsable, pues el burócrata, escribe Cooke, "afirma que el peronismo no debe ser 'clasista', porque confunde la composición policlasista del Movimiento con su *ideología*, considerando que existen ideologías policlasistas o neutras. No puede entender que, en un frente de lucha, con el policlasismo estamos todos de acuerdo, pero que la ideología sólo puede ser o la revolucionaria del proletariado o la burguesa"⁷.

El burócrata separa, una mal, le está vedado razonar que la constitución del frente nacional puede ser policlasista pero la ideología de la revolución es socialista, pues la libertad nacional no se detiene hasta la libertad del hombre.

EL PERONISMO COMO NEGACION

La propuesta cookiana redefine al peronismo negativamente. Hablamos de "negatividad" como proceso de opuestos unificados, como verdad probable que sólo la afirmación de su otredad completa. El rastreo del fenómeno peronista a través de las apariencias misticificadoras que lo representan, es la conciencia de su identidad contradictoria. La lógica dialéctica del pensamiento de Cooke, deriva de la tensión del fenómeno que analiza y es, a su vez, la concepción de la praxis como imperativo absoluto. El peronismo es un proceso que se preserva a sí mismo a través de diferentes negaciones y de negaciones de negaciones. Simultáneamente, las negaciones constituyen la afirmación de su porvenir: a) el peronismo es negado por la burocracia; b) el peronismo niega al sistema; c) el peronismo se niega a sí mismo.

Sobre el peronismo negado por la burocracia hablamos recién. Por su parte, el Régimen ha ensayado y ensaya alternativa y conjuntamente las variables represivas. En un momento apela a la dilusión física de los militantes; en otros empleará "astucias zalameras" con dirigentes corruptibles intentando desorientar a las masas, dejando semiculta para las oportunidades propicias el despotismo esencial que desdibuja el velo de la juridicidad burguesa. La oligarquía diluye o recupera, mata o envilece; son dos formas operativas: "El acero y el abrazo asfixiante de la amistad fingida —dice Cooke— son igualmente expresiones del empavorecimiento del régimen...". La mentalidad burocrática es proclive a ese "cariño taimado" y se entrega a la complicidad venal que niega al peronismo como sujeto y lo transforma en objeto instrumentado para la contrarrevolución y el engaño. El equívoco ideológico es el primer signo de esta corruptela, y en esto Cooke es categórico: "Los antisemitas y prooccidentales que se meten en nuestros actos para lanzar consignas de la edad de piedra

(y) los dirigentes que suelen repetirlos a su modo, constituyen una *negación del peronismo*"⁸.

El peronismo niega al sistema. La negación del sistema capitalista no hay que buscarla en la "ideología" peronista sino en la clase obrera, en su papel de agente de la revolución socialista. El proletariado argentino se encuentra en buena parte frenado por los límites del reformismo, pero superar esta alienación política es inevitable. Por lo demás, esta superación se corresponde con las necesidades históricas de la revolución argentina: hasta ahora ha sido imposible encontrar en el país una clase que represente positivamente a toda la sociedad. La burguesía "nacional" es una ficción, y aún en su instante de burguesía no monopolista representó a una parcialidad. Mucho más puede señalarse el carácter minoritario en la oligarquía terrateniente y en los monopolios.

La clase que representa a toda la sociedad argentina, que "niegue al sistema", es la clase para quien esencialmente todo es negativo. Esta clase que no reivindica para sí ningún derecho particular, "porque no se le ha hecho agravio particular alguno, sino un agravio en sí"⁹, que no puede liberarse sin liberar a todas las demás esferas de la sociedad, esta clase que representa a toda la sociedad argentina porque universaliza su descomposición, es la clase obrera. El proletariado representa el costado incompatible de la Argentina. Por consiguiente, es representativo de todo el país en la lucha liberadora, por ser la clase más nacional en la revolución antiimperialista, pues lo que las otras clases, en particular la burguesía "nacional", han pretendido ser con el fin de asegurar su hegemonía y dominio, la clase obrera de hecho lo es. Y lo es de la única manera posible: incompatible y negativa. Es la oposición exacta de toda la sociedad capitalista dependiente, es su negación.

Las direcciones peronistas pactarán, los burócratas van a capitular pero el peronismo no puede dejar de ser "la expresión de la crisis general del sistema burgués argentino, pues representa a las clases sociales cuyas reivindicaciones no pueden lograrse en el marco del institucionalismo actual"¹⁰. Detrás de la genuflexión de los "dirigentes" está la presencia real de las masas a las que no conforma el reformismo ni las negociaciones de la dependencia. La contradicción, la persistente negación irrumpe entre direcciones y bases: "El peronismo jaquea al régimen —subraya Cooke— pero no tiene fuerza para suplantarlos". Niega y se niega a la vez; la conciencia real posible ("el paso de la rebeldía a la revolución") no adviene y la posibilidad se niega y se cae de nuevo en el marasmo y la improvisación, el espontaneísmo y la arbitrariedad.

⁸ *Ibid.*, p. 213-220.

⁹ *Ibid.*, p. 108.

¹⁰ *Ibid.*, p. 108.

⁷ *Ibid.*, p. 21.

Entonces el peronismo tiene la posibilidad de negarse para sobrevivir, negarse para encabezar la revolución. Esta teoría es, sin duda, la más valiente del discurso cookiano. Sin sectarismo, contemplando dialécticamente la suerte revolucionaria del país, incorporando al marxismo, observando la experiencia peronista y la conciencia histórica del pueblo, Cooke elabora la tesis de la superación del peronismo.

Para Cooke, la "antinomía peronismo-antiperonismo es la forma concreta en que se da la lucha de clases en este período de nuestro devenir"¹¹. La afirmación debemos apreciarla como Cooke enseña, dinámicamente. Si el peronismo conquista para sí una conducción revolucionaria, en esta etapa no puede proponerse otra alternativa que la realización de una sociedad no clasista. Si no puede lograrlo, las masas comenzarán a demostrar en forma cada vez más distintiva las contradicciones entre los intereses vitales del proletariado y una ideología nacional-burguesa conciliadora que pretende "armonizar" ilusiones irreconciliables. "El peronismo —escribe Cooke— podrá desaparecer cuando deje de expresar reivindicaciones nacionales y populares y otro movimiento lo revele con ventaja; o cuando el mismo evolucionamiento hacia algún tipo nuevo de nucleamiento, que lo supere dialécticamente, es decir negándolo al integrarlo en una nueva síntesis"¹². Esta negación superadora importa la puesta al día de metodologías y objetivos. "Yo creo —aseguraba Cooke en junio de 1962— que el peronismo, que será el conductor de la liberación argentina, será socialista".

El peronismo se negará superándose en la conciencia socialista. Así tendrá el honor de ser abjurado y negado definitivamente por los traidores, realizará con libertad las negaciones sucesivas del sistema por incompatibilidad con la barbarie burguesa y al mismo tiempo que se niega a sí mismo, se elevará cada vez más apto para alterar al sistema capitalista.

¹¹ *Ibid.*, p. 167.

¹² *Ibid.*, p. 141.

NUEVA SOCIEDAD

La actualidad política, social y económica latinoamericana desde una óptica distinta

Director: Alberto Koschuetzke

Redacción y distribución:

Edificio IASA, 6º piso Oficina 606

Plaza La Castellana - Caracas, Venezuela

Oscar Weiss

LA CLASE OBRERA EN LOS CENTROS Y EN LA PERIFERIA

Oscar Weiss es abogado, escritor y periodista chileno. Autor de varios libros, entre otros: "Nacionalismo y socialismo en América Latina", "Amanecer en Belgrado", "Los problemas del socialismo contemporáneo", "Del colonialismo a la revolución", "Chile: ni siquiera una tumba". Actualmente dicta cursos sobre derechos humanos en la Universidad de Frankfurt. El trabajo que reproducimos, apareció en la revista "Nueva Sociedad" (Nº 54, de mayo/junio de 1981), cuya dirección ha autorizado su publicación.

Se repite con frecuencia que la clase obrera de hoy es distinta a la que conocieron Marx, en su tiempo, y Lenin hace sesenta años. Sin embargo, cuando se trata de ahondar en la explicación de esas diferencias, se suele caer en las generalizaciones poco filosóficas y, lo que es más importante, se evita sacar conclusiones válidas para el progreso de la lucha social que comprende a la humanidad en su conjunto.

El gran teórico yugoslavo Veljko Vlahovic¹ observaba que Marx vislumbró el papel histórico de la clase obrera cuando el ingreso mundial se alzaba apenas a los 200 millones de dólares, que Lenin desencadenó la revolución de octubre cuando ese ingreso llegaba a los 600 millones de dólares y que, actualmente, se calcula en miles de millones de dólares.

El mismo Vlahovic señalaba que en 1900 había 64 millones de obreros y que en 1970 ya llegaban a más de 370 millones, de los cuales las dos terceras partes tienen alguna formación profesional.

Naturalmente que tales reflexiones nos enfrentan a dos cuestiones que es imposible eludir: a) qué se entiende por clase obrera y proletariado en el mundo de hoy, y b) en qué proporción o medida esta nueva clase obrera gravita en los países capitalistas avanzados, en los países socialistas y en los países subdesarrollados.

Si hubiere dudas sobre la importancia del problema en los países

¹ Veljko Vlahovic: "La conciencia y la vida real".

donde impera el llamado "socialismo real", bastaría con analizar los sucesos que ocurren en Polonia, país en el cual, evidentemente, existe por lo menos disociación entre el Estado y sus instrumentos de poder, incluido el aparato del partido dominante, con la clase obrera que lideriza una resistencia generalizada. Si meditamos en que esto ocurre después de treinta y cinco años de vigencia del régimen, debemos llegar a la conclusión de que el grado de conciencia de esa clase obrera alcanza una magnitud tal que necesita expresarse a través de una participación directa en la conducción de los asuntos que afectan al conjunto de la sociedad convulsionada.

Debemos considerar como integrantes de la clase obrera a todos los individuos que se ven obligados a vender su fuerza de trabajo, que carecen de medios de producción propios y que no pueden subsistir independientemente, el proletariado, según las concepciones de Lenin, formado por los obreros de las industrias y las minas, es el destacamento de vanguardia de la clase obrera, su parte más consciente, su formación más combativa.

Sin embargo, actualmente la clase obrera presenta diferencias cuantitativas y cualitativas según la zona del mundo que analicemos, en los "centros" capitalistas la población activa es predominantemente urbana, mientras que en la "periferia" es en sus cuatro quintas partes rural². Y este principio tampoco es absoluto ya que en el mundo árabe y, sobre todo, en América Latina, pese al subdesarrollo o tal vez como consecuencia de ese estado, la población urbana supera con creces a la del campo.

PRECISO es señalar que la población urbana en los "centros" presenta una mayor proporción de "proletarios" que en la "periferia" y que el índice de desocupación es sensiblemente menor. El desempleo alcanza en los "centros" al 7% de la población activa, mientras que en la "periferia" suele superar el 20%. Los habitantes de las ciudades en América Latina son, en su mayor parte, empleados, burócratas, profesionales, militares y otras capas medias que alcanzan niveles de vida muy modestos y que se insertan, según la definición que hemos ofrecido, en la "nueva" clase obrera. En los países avanzados, en cambio, los obreros de la industria constituyen un porcentaje mucho más alto.

Estimaba Engels, en su tiempo³, que "además de la burguesía y el proletariado, la gran industria contemporánea produce algo así como una clase intermedia, situada entre las dos primeras: la pequeña burguesía". Lenin no conoció la sociedad actual, en que esa gran industria ha asumido la forma de consorcios monopólicos transnacion-

ales, cuyo poderío llega hasta el extremo de que se beneficien con la plusvalía de la "periferia" aún los trabajadores de los "centros" y que, en consecuencia, las capas medias —expresión moderna de la pequeña burguesía— no sólo se hayan extendido cuantitativamente sino que hayan llegado, en muchas partes, a convertirse en los árbitros de la política contingente.

Esta situación, por diversas causas, se constata en los países capitalistas avanzados, en los países capitalistas relativamente desarrollados, en los sectores del mundo árabe (Egipto, Jordania, Emiratos), y en los países latinoamericanos más importantes. Pero mientras las capas medias en los países industrializados son económicamente estables, por lo que allí hasta se puede hablar de una "clase" media (o pequeña burguesía de la que se preocupaba Engels), en los países menos desarrollados y empobrecidos esas capas medias viven en constante inseguridad y pueden inclinarse —como se ha observado reiteradamente— hacia las burguesías nacionales atadas por sus intereses a los monopolios, o hacia el proletariado y la clase obrera con su programa de "cambios" estructurales.

El hecho de que los "centros" en su conjunto obtengan beneficios de la explotación o superexplotación de la "periferia", modifica "subjetivamente" la disposición de la misma clase obrera para cumplir su misión histórica de sepultar al sistema social del capitalismo. Los obreros alemanes que constituyeron para Lenin una pieza esencial de la máquina revolucionaria europea, han adquirido un status que opera sobre la conciencia de la clase. No son, indudablemente, los mismos obreros a los que Lenin incitaba a la revolución socialista sino, más bien, un cuerpo electoral al servicio del Partido Social Demócrata. Y aquí tenemos, ya, una prueba de las diferencias a que nos referíamos al comienzo.

Puede dar una idea del carácter gigantesco de la superexplotación ejercida por los "centros" en perjuicio de la periferia el hecho de que según J. N. Beherman y Pierre Uri⁴, el producto bruto de la "transnacionalidad" para 1978 fue superior a los 430.000 millones de dólares; del 22 al 23% de la suma de los P.B.I. de todas las naciones capitalistas del orbe; si seleccionamos las cien entidades jurídicas mayores del mundo, incluyendo naciones medidas por su P.B.I. y empresas por su cifra anual de ventas, 59 son Estados y 41 consorcios transnacionales. Ni Marx ni Lenin conocieron una acumulación capitalista de tales proporciones ni pudieron desarrollar teorías constatando un desarrollo desigual semejante. Por eso, también, la clase obrera de hoy no es la misma que sirvió de modelo para las exótesis originales.

2 Samir Amin: "La estructura de clases del sistema imperialista contemporáneo". Mesa Redonda-78, publicado también en la revista "Cuadernos (Nº 1)", Rev. Arg. de C. Sociales.

3 F. Engels: "El problema militar en Prusia y el Partido Obrero Alemán".

4 Vivian Trías: "Las transnacionales y la influencia de la Escuela de Chicago en América Latina". Revista "Nueva Sociedad" (Nº 30).

No se trata, y debemos enfatizar al respecto, de sostener que la "nueva" clase obrera ha dejado de ser la herramienta consciente de una sustitución revolucionaria del sistema, ya que ello equivaldría a reconocer la estabilidad del sistema capitalista. Pero, en las condiciones actuales es preciso partir de la base de que existen diversos grados de conciencia revolucionaria según sea la zona del mundo que observemos. No existe la misma "disposición" revolucionaria en los trabajadores de las naciones avanzadas que en los de las zonas subdesarrolladas. Esto explica la evolución hacia el parlamentarismo burgués de los partidos socialistas y socialdemócratas de Europa y el surgimiento del "eurocomunismo" en países como Italia, Francia, España y Japón. Ignorar estos hechos no sirve para buscar rectificaciones que vayan adecuando a los trabajadores para nuevas situaciones siempre probables si se considera las contradicciones internas del régimen capitalista. Siempre es mejor mirar de frente la realidad que seguir la política del avestruz.

Tenemos, entonces, que la evolución histórica crecientemente desigual ha provocado una división internacional del trabajo y una acumulación internacional de capitales que somete a la clase obrera a condiciones muy diferentes de explotación, a niveles de vida distanciados y a condiciones de influencia social muy diversas. Si se pretende aplicar a la clase obrera mundial un mismo patrón para medir sus acciones reivindicativas, se caería en el dogmatismo y los esquemas, lo que no significa que, en su conjunto, el movimiento obrero mundial haya dejado de ser el antagonista fundamental del sistema global de las transnacionales y el imperialismo. Por el contrario, sólo entendiendo que ahí se diseñan las oposiciones de fondo se puede practicar el internacionalismo proletario ya que, de otra manera, se caería en las "dependencias" de las luchas nacionales ante los grandes "bloques" económico-militares que se disputan la hegemonía.

LA NUEVA CLASE OBRERA EN LOS PAISES AVANZADOS

Como efecto "secundario" de la superexplotación de la periferia de los grandes centros capitalistas, ha mejorado el nivel de vida de los trabajadores en los países industrializados. En algunos países, como Estados Unidos, República Federal Alemana, Suecia, Francia, Noruega y otros, con naturales variantes, existen sistemas de seguridad social muy completos, habitaciones confortables, automóviles, neveras, televisores en color y otros aditamentos que las familias obreras consideran como formas "normales" de supervivencia. En naciones de menor desarrollo relativo, como España, Italia, Portugal, Grecia y otras, los trabajadores han efectuado conquistas importantes que les permiten vivir mejor que antes de la Segunda Guerra Mundial.

Los partidos socialistas que surgieron en el siglo pasado con la

inspiración del marxismo original llegaron a tener una gran fuerza política, sobre todo después del Congreso de Stuttgart en 1907, pero la Segunda Internacional fue incapaz de resistir la oleada nacionalista del año 1914 y sus partidos se plegaron a la "defensa nacional" patrocinada por sus correspondientes burguesías.

Sería una ilusión sostener que, en las condiciones actuales, la clase obrera de los países avanzados estaría dispuesta a sacrificar sus niveles de vida plegándose espontáneamente a una ofensiva contra el Estado burgués y aún a una acción supranacional ante la eventualidad de una guerra. En la crisis social más importante ocurrida en Europa en los últimos años, que fue la de 1968 en Francia, con repercusiones sísmicas en otros países, la clase obrera fue más bien una espectadora pasiva que una fuerza integradora. Esos acontecimientos estuvieron protagonizados por los estudiantes, los intelectuales de izquierda y sectores pequeño-burgueses que no consiguieron sumar a los trabajadores, pese a que éstos observaban con simpatía el movimiento.

En los países avanzados, la bandera de la revolución socialista, de la lucha armada y de los focos guerrilleros es enarbolada por los grupos extraparlamentarios, los pequeños partidos ultristas y algunos intelectuales, pero no han obtenido expresión significativa en las consultas electorales que sirven para medir las fuerzas. Los partidos socialistas y comunistas centran su actividad en las reivindicaciones laborales y en la lucha parlamentaria. En la práctica, en países como Francia, Italia, República Federal Alemana, Inglaterra, Portugal, Suecia, Holanda, Bélgica y muchos más los partidos obreros tradicionales son gobierno o alternativa de gobierno, en un "empate" político prolongado entre los sectores conservadores y los sectores progresistas de cada país, sin que los trabajadores den muestras de un exceso de impaciencia cuando pierden las elecciones generales.

El "eurocomunismo" es, indudablemente, una tentativa de incorporar a los partidos comunistas de una manera más directa al juego de las mayorías o minorías que gobiernan, pero esos partidos no han conseguido "convencer" a capas más amplias de su adhesión irrestricta a la democracia burguesa.

El español Santiago Carrillo es quien ha planteado con mayor acucia las metas de esa tendencia y ha dicho⁵: "Los partidos incluidos en la corriente eurocomunista coinciden en la necesidad de ir al socialismo con democracia, pluripartidismo, parlamento e instituciones representativas, soberanía popular ejercida regularmente a través del sufragio universal, sindicatos independientes del Estado y los partidos, libertad para la oposición, derechos humanos, libertades religiosas, libertad de creación cultural, científica, artística y el desarrollo de las

5 Santiago Carrillo: "Eurocomunismo y Estado".

más amplias formas de coparticipación popular en todos los niveles y ramas de la actividad social. Paralelamente, en unas u otras formas, esos partidos reivindican su total independencia en relación con todo eventual centro dirigente internacional y con los Estados Socialistas, sin por ello dejar de ser internacionalistas".

¿Qué tiene eso que ver con las viejas consignas revolucionarias de la toma del poder? Realmente, bastante poco, y la resistencia de muchos sectores —entre ellos los socialistas— para incorporar a los eurocomunistas en sus frentes electorales deriva de dos circunstancias ajenas a tales planteamientos: una es la relación que subsiste entre estos partidos eurocomunistas y los partidos comunistas que están en el poder (lo que crea fricciones de orientación internacional) y, la otra, el carácter de la organización interna de dichos partidos, considerada antidemocrática por los posibles aliados. En cuanto a Francia, la ruptura del frente común poco antes de una elección general decisiva impidió el desenvolvimiento de una experiencia en que la mayoría popular trataría de modificar las estructuras capitalistas. Queda solamente, como lejana referencia, la experiencia de la Unidad Popular en Chile, que dejó como saldo la derrota obrera por incapacidad o imposibilidad de controlar los instrumentos coercitivos del Estado burgués, o sea por la carencia de una estrategia de poder, que tampoco se observa en las fuerzas similares de otros países.

Es indudable que la historia seguirá ofreciendo coyuntura revolucionarias en la medida en que el régimen capitalista continuará sufriendo crisis cada vez más intensas, por eso la estrategia del desgaste ofrece el peligro de que la burguesía monopólica varíe las reglas del juego y sustituya el curso de las elecciones democráticas por el afianzamiento del terror estatal. Nadie ignora el financiamiento de los grupos fascistas que operan en Italia, en España, en Portugal o en la República Federal Alemana; se trata de asustar a las capas medias ante el "peligro rojo", para obtener apoyo cuando haya que aplastar al proletariado. Un buen laboratorio experimental se ha montado en América Latina, con sus dictaduras militares terrofistas.

Debemos hacernos cargo, por anticipado, de las dos objeciones principales que se pueden oponer a este planteamiento. La primera consiste en que la clase obrera de los países avanzados ha conquistado en duras luchas sus mejoras económicas y, la segunda, que la misma clase obrera continúa siendo dominada y explotada por el capitalismo, lo que la mantiene como el factor determinante de la historia.

Es cierto que la nueva clase obrera contemporánea ha obtenido, a través de duras luchas laborales, sus conquistas económicas y sociales, pero también lo es que la burguesía monopólica, gracias a sus inmensas ganancias arrancadas de la miseria del mundo subdesarrollado, ha podido ceder hasta ahora sin poner en peligro ni su sistema

global ni sus utilidades cuantiosas. Esas luchas sindicales y las huelgas masivas se dan en un contexto de negociación y arbitraje.

En cuanto a que la clase obrera sigue siendo explotada por el capitalismo también es verdad, y eso mismo obliga a educarla para el enfrentamiento con el enemigo de clase y no en un clima de expectativa electoral; los árboles —o sea, la dirección política de la clase— impiden ver el bosque, es decir, la estructura económica y social que es preciso tomar por asalto. Por eso que mantener a la clase obrera en la escuela de la pasividad democrática puede traer consecuencias irreparables. El talón de Aquiles de todos los reformismos es la siembra de ilusiones sobre el valor inmutable de las instituciones burguesas, la santidad legalista y la profesionalidad de las fuerzas armadas tradicionales. Así se ha logrado sustituir insensiblemente la teoría leninista sobre el Estado por un fervor hiperdemocrático. Las consecuencias pueden ser explosivas y la historia no se mostraría indulgente con los responsables del descalabro.

LA CLASE OBRERA EN LOS PAISES SOCIALISTAS

Lenin observó ya el año 1918⁶ que era más fácil comenzar la revolución que "perseguirla y llevarla a término". En los países donde los partidos comunistas han llegado al poder se evidencian dificultades, no sólo originadas en las intromisiones externas, sino en las relaciones entre gobierno-partido y la clase obrera respectiva.

Los dos problemas que esos Estados deben resolver a fin de movilizar conscientemente a la mayoría de la población hacia la sociedad comunista estable son el de la "participación" y el del "pluralismo ideológico". La experiencia yugoslava de la autogestión es valiosísima en cuanto ofrece a todos los trabajadores la posibilidad de participar en las decisiones y constituye una magnífica escuela en que los obreros aprenden a evaluar las leyes del mercado, el aumento de la producción, las condiciones del trabajo y la relación Estado-pueblo.

Por otra parte, a través de la actividad autogestora se expresan posiciones y tendencias que es legítimo puedan salir a luz y hasta oponerse al pensamiento oficial; Edvard Kardelj, en su último libro, dijo que el "pluralismo ideológico" era una consecuencia positiva de la sociedad autogestionaria. Y es natural que así sea, ya que si bien no parece probable el multipartidismo en los países donde ya existen gobiernos comunistas, sí que lo es la libertad de crítica y la diversidad de respuestas.

Naturalmente que entendemos por "pluralismo ideológico" la expresión del pensamiento de todos los sectores que no tratan de destruir

6 V. I. Lenin: Informe del 23-7-1918 a los comités fabriles de Moscú.

al Estado, sino de construir el socialismo. Sin embargo, en la práctica, la costra burocrática tiende a ahogar esas voces, lo que llegó a extremos insostenibles durante el período de Stalin.

El hecho de que los partidos comunistas hayan debido asumir directamente el poder ha significado en la práctica una relativa "marginación" de las masas, un partido revolucionario debe encontrar los medios de empujar a las masas hacia nuevas formas de vida social sin temor al "tabú" de romper con los moldes imperantes. Si el partido se detiene —en su análisis, en su crítica, en su avance arrollador— corre el peligro de que su dirección política se convierta en una burocracia más o menos conservadora, y eso tiene que provocar fricciones y desencuentros. En cierta medida se llega por "involución" al concepto de la defensa a toda costa del "orden" establecido, si bien en este nuevo "orden" las relaciones de producción son diferentes y se ha eliminado la influencia del capitalismo, ello no basta para elevar la conciencia de los trabajadores y permitir su cooperación "creadora". La llegada al poder no debe ser el fin de un período revolucionario, sino una fase de ese proceso en que el partido vanguardia se funde con la clase obrera y extrae de ella iniciativas y orientaciones. En otra forma se desacredita fatalmente no sólo el Estado de dictadura proletaria sino el partido vanguardia que encabezó su conquista.

Este elemento "subjetivo" en la conducción de los Estados socialistas repercute fuertemente en los medios obreros de los países avanzados y subdesarrollados, los excesos del stalinismo desprestigiaron en tal forma a la "dictadura del proletariado", que es casi imposible explicar francamente la teoría del Estado marxista utilizando ese término tan caro a Engels y aplicado tan justamente por Lenin.

Carrillo llega a la conclusión⁷ de que "la razón de que el término *dictadura* en sí mismo, se haya hecho odioso a lo largo de este siglo, que ha conocido las dictaduras fascistas y reaccionarias más abominables, entre ellas la de Franco, los crímenes del stalinismo —es decir, los fenómenos de corrupción de la dictadura del proletariado—, los vicios del totalitarismo de uno u otro signo, es suficiente para justificar la renuncia a la utilización política de ese término".

Para Ernest Mandel⁸, el abandono del término "dictadura del proletariado" por los partidos comunistas italiano, español, británico, sueco y belga constituye nada menos que el contrapeso del Congreso de Gorlitz de la socialdemocracia alemana. La verdad es que no se trata de un problema de semántica, sino de una elección de connotancia político-práctica y que lo importante no es la "consigna" que se agita ante el pueblo sino la concepción del Estado y el uso de sus medios de coerción.

⁷ Santiago Carrillo, obra citada.
Ernest Mandel: "Crítica del Eurocomunismo".

Parece importante que la clase obrera de los Estados en que se ejerce la dictadura proletaria se sienta estrechamente unida al movimiento obrero mundial y para ello es preciso el funcionamiento de un sistema de información amplio y no censurado. Los movimientos socialistas y de liberación nacional del resto del mundo no están dispuestos a sacrificar sus objetivos para servir intereses o posiciones circunstanciales de otros Estados. La elevación de la conciencia obrera en los países socialistas requiere la más amplia libertad y la más rigurosa veracidad en las noticias divulgadas; a la manipulación de los medios de comunicación de masas en los países capitalistas no se le puede oponer una manipulación similar en los países socialistas. La dictadura del proletariado, por lo mismo que representa la voluntad de las grandes mayorías nacionales, no puede tenerle miedo a que la verdad, cualquiera sea su magnitud, esté al alcance de las masas.

LA NUEVA CLASE OBRERA EN LOS PAISES SUBDESARROLLADOS

Las reflexiones que siguen están dedicadas casi exclusivamente al proceso social latinoamericano, ya que en África y Asia la presencia de una clase obrera propiamente tal es más tardía y resulta difícil definir sus rasgos característicos.

El rol diferente de la clase obrera en América Latina deriva de que, como consecuencia del subdesarrollo y el retraso, las burguesías nacionales fueron incapaces de sostener gobiernos ampliamente democráticos, representativos, progresistas y estables. América Latina ha sido escenario de revoluciones, querellas, guerras civiles y toda clase de dictaduras militares o civiles. Las escasas excepciones, que corresponden a períodos de la historia en Uruguay, en Chile o en Costa Rica, no alcanzan a ocultar el trasfondo del dominio de capas reaccionarias siempre proclives a vulnerar la democracia si así les resulta conveniente.

La inestabilidad de los gobiernos se ha acentuado en la medida en que los "centros", a través de las transnacionales, aumentan sus presiones sobre la "periferia" latinoamericana, impulsando una dependencia cada vez mayor que retrotrae a las economías latinoamericanas hacia relaciones de tipo colonial o neocolonial, esta dependencia unida al funcionamiento ficticio de las llamadas "economías sociales de mercado", resulta posible por la complicidad de los sectores busgueses dominantes con los grandes monopolios que operan en la zona.

Las ganancias obtenidas por las transnacionales son inmensas. En el período 1975-1976⁹ las inversiones privadas en los países en desarrollo proporcionaron a los Estados Unidos utilidades del orden de los 13.700

⁹ Cita de Survey of Current Business tomada del estudio de Guillermo Maldonado, "A. Latina: El desafío de las transnacionales".

millones de dólares, mientras las nuevas inversiones fueron de 5.400 millones de dólares, arrojando un saldo de utilidad líquida de 8.300 millones de dólares. Para señalar un solo caso demostrativo, citemos un informe de la UNCTAD según el cual en 1968 las filiales mineras de las transnacionales norteamericanas en Centroamérica y Sudamérica exportaron a sus matrices el 82,5 % de sus ventas locales.

Otro hecho determinante del papel jugado por los trabajadores en el continente latinoamericano es el crecimiento "salvaje" de las capas medias, formadas por elementos de la más variada condición, asentadas en las ciudades y cuyas condiciones de vida las acercan a la clase obrera hasta el extremo de resultar generalmente difícil trazar una línea divisoria entre ellas.

Al hablar de la "nueva" clase obrera en esta zona del mundo, partimos del principio ya señalado de que el proletariado industrial y minero, aunque constituye la vanguardia más consciente y activa, no representa a la totalidad de la clase; esto significa que el proletariado, con un programa concreto de reformas profundas —económicas y sociales— orientadas a sobrepasar el subdesarrollo y la miseria puede encabezar un bloque capaz de arrastrar a la mayor parte de las capas medias y aún a la pequeña burguesía, entendiéndola en este caso como burguesía inferior, a los intelectuales de izquierda y a gran parte de la población campesina, lo que comprende a la mayoría de la población nacional y determina la estrategia a seguir, ya no se trata de entendimientos o compromisos con las formaciones burguesas tradicionales —que no sólo fracasaron en el pasado sino que hoy se ligan cada vez más estrechamente a las transnacionales— si no de una insurgencia nacional mayoritaria cuyo programa involucra las reformas propias de la revolución democrático-burguesa (obtenidas por la burguesía en los países europeos) pero las incorpora al proceso de transición al socialismo en un solo impulso revolucionario.

Conviene recordar que los partidos obreros, tanto socialistas como comunistas, se organizaron en América Latina —con algunas excepciones como el Partido Socialista de Chile— trasladando mecánicamente principios y programas europeos a un medio social profundamente distinto. Ha sido la inexistencia de partidos obreros con efectiva gravitación social lo que explica la sucesiva aparición de caudillos mesiánicos y tendencias "populistas" ansiosas de interpretar los anhelos de las grandes mayorías nacionales, pero incapaces —por la extracción burguesa o pequeño-burguesa de sus líderes— de conducir en forma consecutiva una lucha definitiva por la nacionalización de las riquezas en manos del capital extranjero, una reforma agraria real, la erradicación de los monopolios, la reconquista de la soberanía nacional, el imperio de los derechos humanos y las libertades fundamentales y, en fin, las metas propias de una transición al socialismo.

Esta misión ha pasado a ser propia de la clase obrera, integrada en la época actual a un proceso ininterrumpido hacia el socialismo y reforzada, insistimos, por la presencia cuantitativamente decisoria de las capas medias, gran parte de las cuales ofrece similitudes de ubicación socio-económica con el proletariado de la industria y de las minas. La fuerza de esta "nueva" clase obrera deriva del hecho de que penetra profundamente en las capas medias de las ciudades, y aún del campo, sector que gravita también de manera importante en todos estos países.

Este panorama escapa, por supuesto, a la realidad conocida por Marx en el siglo pasado y por Lenin en los primeros años del actual y no se presta para aplicarle los rígidos esquemas a que nos tienen acostumbrados los dogmáticos de toda clase. Por eso creemos que la teoría mecánica de la "acumulación de fuerzas" no es justa aplicada a los países de América Latina, no se trata sólo de sumar, por ejemplo para derrocar a las dictaduras, sino de proyectar hacia el futuro capas sociales y proyectos políticos. Si bien esto nos llevaría a un análisis de la política de alianza y de pactos, lo que no es nuestra intención, no podemos prescindir de referirnos a la necesidad de crear en América Latina bloques sociales independientes del control burgués, si queremos "incentivar" a las masas, conmovidas por fracasos "traumáticos", como ha ocurrido en Chile, en Argentina, en Brasil y en otros países de la región. Esas masas han adquirido una conciencia social madura y están subjetivamente dispuestas a conseguir metas más ambiciosas que una simple democracia "formal".

Por otra parte, esa democracia "formal" o "limitada", consentida por el imperialismo dominante en la zona, está constreñida a mantener la dependencia frente a las transnacionales y aceptar la superexplotación de los trabajadores, y en la práctica los partidos y líderes de la burguesía son por anticipado los principales interlocutores de los monopolios en sus respectivos países.

La "nueva" clase obrera, organizada en un bloque por el socialismo o un frente de trabajadores, debe tomar las banderas de un nacionalismo defensivo y de un socialismo integrador, que han tratado de levantar los movimientos "populistas" (varguismo en Brasil, peronismo en Argentina, MNR en Bolivia, etc.), actitud que les ha permitido contar con el apoyo de las grandes mayorías nacionales. Las condiciones subjetivas son favorables para tal empresa, sobre la base de un proyecto político correcto y de una dirección revolucionaria madura. Como se ha visto recientemente en Nicaragua, las masas no rechazan la lucha armada contra la dictadura —si se hace imprescindible— y se orientan hacia soluciones más radicales que una simple simulación democrática. Podrá ser el camino en Argentina, en Chile, en Uruguay, en El Salvador y en otros países latinoamericanos, porque un instinto histórico —que es una expresión de la conciencia de clase— le señala

a los trabajadores que la recuperación de las libertades es sólo un paso en la marcha hacia el socialismo.

Educar a las masas para la revolución es la tarea de las vanguardias, si se las presiona para someterse a la orientación de las burguesías nacionales con el pretexto de "acumular fuerzas", se corre el peligro de desorientarlas y frustrarlas; la revolución en América Latina, como dijo el Che Guevara, será socialista o se limitará a ser una caricatura de revolución.

PUNTO DE VISTA

Revista de cultura

Directora: Beatriz Sarlo

Casilla de Correo 39, Sucursal 49 (B)
Buenos Aires, Argentina

SOCIALIST AFFAIRS

Publicación de la Internacional Socialista
88ª St. John's Wood High Street,
London NW8 7SJ, Inglaterra

LIMITE SUR

La realidad de América latina

Director: Hugo Vigorena Ramírez

Consejo de redacción: Pedro Almazán, Sol Argüedas, Rodrigo Borja, Gerard Pierre Charles, Socorro Díaz Palacios, Horacio Labastida, Michael Manley, Alicia Moreau de Justo, José Francisco Peña Gómez, Carlos Andrés Pérez, Anselmo Sule.

Dirección: Juan Sánchez Azcona 107, Col. del Valle,
México 12 DF.

Karl Korsch

LENINISMO Y TROTSKISMO

Karl Korsch nació en 1886 en Tostedt, en los páramos de Luneburg, y murió en Cambridge (Massachusetts) en 1961. Doctor en derecho, economista y sociólogo, fue uno de los principales teóricos de la izquierda alemana entre las dos guerras mundiales. Militó en el Partido Socialista independiente alemán, y fue uno de los fundadores del Partido Comunista de Alemania. Fue diputado entre 1924 y 1928, y redactor del órgano teórico del Partido Comunista —Die Internationale— y del periódico de oposición Kommunistische Politik. Después de 1926, enfrentando al stalinismo, se alejó del comunismo. Sufrió persecuciones por parte de los nazis y se exilió en los Estados Unidos. En este trabajo cuyo título original fue "Leninismus and Trotskismus. Discussionsrede der Gen. Korsch Gen", Korsch auf der ersten Tagung des leninistischen Klubs der KPD, en Neue Zeitung, VII, 28 de febrero de 1925, número 50.

La forma en que debemos debatir hoy el trotskismo, aquí en el club leninista, es distinta de la utilizada en nuestra agitación y propaganda del leninismo entre las grandes masas. Aquí finalmente debemos hacer algo para la "autocomprensión" teórica del partido. El luxemburguismo no fue liquidado el año pasado en el Partido alemán como ahora el trotskismo en el partido ruso, es decir con verdaderas discusiones que se remontan hasta los fundamentos teóricos. Al luxemburguismo nosotros lo liquidamos por así decirlo —pero no me entiendan mal— un poco demasiado "según las órdenes". Por lo tanto, debemos aprovechar la discusión sobre el trotskismo para liquidar también al mismo tiempo y en forma definitiva el luxemburguismo. También en nuestras discusiones internas sobre el trotskismo, nuestra tarea principal consiste en su extirpación sin miramientos.

El camarada L. ha definido en la discusión la esencia del bolchevismo como la organización de las masas para la preparación y realización de la revolución. Creo que esta definición de "organización de las masas" es absolutamente insuficiente. El término "masas" en la cuestión del leninismo-trotskismo es una de las maneras típicas en que se intenta eludir la cuestión de las clases. "Masa" no es un

concepto marxista. La discusión sobre el leninismo-trotskismo exige conceptos marxistas rigurosos. El camarada Trotski en su teoría de la "revolución permanente" parte del supuesto de que solamente el proletariado es una clase revolucionaria. Muy distinto piensan el camarada Lenin y los leninistas. El camarada Lenin habla (y yo quiero por una vez expresar en forma leninista algo que hasta ahora no hemos aceptado en nuestro uso lingüístico, pero que quizás aceptemos en el futuro) especialmente en sus escritos más antiguos de "revolución popular" (*Volksrevolution*). Naturalmente, esa revolución popular hoy ya no la hace la burguesía sino el proletariado. El proletariado tiene la hegemonía en esa revolución. Pero el leninismo se diferencia del trotskismo por el hecho de que para él el proletariado no hace una revolución proletaria "pura" con sus solas fuerzas y solamente por los objetivos de clase del proletariado, sino que (exactamente como en una época precedente lo hizo la clase burguesa revolucionaria) hace una especie de "revolución popular".

Este aspecto del leninismo sólo ahora comienza a ser comprendido correctamente por nosotros. Cuando hace algunos años se plantearon a los partidos europeos las veintiuna condiciones, internacionalmente no se puso muy en evidencia este aspecto del leninismo. En ese momento se trataba exclusivamente de separarnos ante todo de la socialdemocracia. No se asignaba todavía tanta importancia a las sutiles diferencias entre la teoría revolucionaria de Lenin y la de Trotski. Lo importante era destacar la actualidad inmediata de la revolución proletaria y afirmar que esa revolución debe ser permanente y no puede detenerse en las formas burguesas. El error de Trotski no consiste en declarar permanente la revolución, sino en el modo como él imagina esa revolución permanente, que no es exactamente permanente, sino integral, una revolución toda de un golpe. Lenin dice que la dictadura del proletariado no es sólo un medio para derrotar a la burguesía, al mismo tiempo es también un medio para ganar a la mayoría del "pueblo". El proletariado conquista el poder sólo conquistando a la mayoría del pueblo y conquista a la mayoría del pueblo conquistando el poder.

En el informe del camarada L. siento la falta de una respuesta clara a la pregunta: ¿en qué consiste y en qué se basa según Lenin, el papel del partido? L. ha dicho solamente que debemos separarnos de los oportunistas para organizarnos y afirmarnos como partido de la revolución. Eso está muy bien, pero no es suficiente. Otros partidos quieren hacer la revolución a su manera. Nosotros a la nuestra. ¿En qué consiste nuestro modo de hacer la revolución según las enseñanzas de Lenin, en oposición al método del camarada Trotski? En el hecho de que nosotros —el partido de clase del proletariado— netamente separados de la burguesía y de todos sus secuaces, arrastramos a esa lucha también a aliados que se someten a

la dictadura de la clase proletaria y de su vanguardia consciente, la KPD.

Otra diferencia, y aún más importante, entre Lenin y Trotski con relación a la pregunta sobre el papel del partido se basa en el hecho de que Lenin habla siempre solamente de "esta" revolución, iniciada de 1905 a 1917 en Rusia y hoy todavía en curso. No habla de "la" revolución en general. Práctica y teóricamente, Lenin se orienta por entero hacia ese único, concreto proceso histórico, cuyo desenlace no está determinado de antemano por leyes cien por ciento seguras y que se distingue de todos los demás por particularidades específicas. Lenin expresó estas dos ideas ya en 1923 en sus *Notas sobre Sujánov*:

"(...) Napoleón escribió: «On s'engage et puis... on voit», lo que traducido libremente quiere decir: «Primero hay que entablar el combate serio y después ya veremos qué pasa». Pues bien, nosotros, en octubre de 1917, entablamos primero el combate serio y después ya hemos visto los detalles del desarrollo (desde el punto de vista de la historia universal, éstos, indudablemente, son detalles), tales como la paz de Brest, o la nueva política económica, etc. Y hoy no cabe ya duda de que, en lo fundamental, hemos obtenido el triunfo."

Y en otro punto Lenin prosigue: "Nuestro Sujánov, sin hablar ya de aquellos socialdemócratas que están a la derecha, incluso no se imaginan que las revoluciones, en general, pueden hacerse de otra manera. Nuestros pequeños burgueses europeos no piensan ni por ensoñación que las ulteriores revoluciones en los países del Oriente, con una población incomparablemente más numerosa y que se diferencia mucho más por la diversidad de las condiciones sociales, les brindarán sin duda más peculiaridades que la revolución rusa."

Por el contrario, el camarada Trotski habla cada vez más abstractamente de "la" revolución del proletariado en general. Y de estas dos diferencias en la concepción de fondo debe necesariamente derivar una diversísima concepción del papel del partido antes, durante y después de la toma del poder. Téngase presente la visión leninista de la revolución proletaria: una revolución conducida por el proletariado, no solo sino en alianza con otras clases y, por otra parte, una revolución completamente determinada que ya ha comenzado y todavía dura. Se evidencia entonces la importancia que adquiere el partido, qué tareas absolutamente distintas de las contempladas por Trotski debe asumir el partido del proletariado en el proceso de esta revolución leninista.

EL TROTSKISMO LIQUIDACIONISTA ARGENTINO

Los últimos sucesos en Polonia interpelan a la izquierda argentina en un momento en que ésta sufre una crisis de espacio político en el campo popular y en su reubicación en el marco de los partidos tradicionales. La desproporcionada resignificación de los hechos polacos da pauta de esta crisis, que le impide a la izquierda ubicarse en la dialéctica de los procesos políticos y poder ordenar las contradicciones. Es así que las anula en un mecanismo de desplazamiento hacia la protesta social polaca.

Un aspecto de la llamada campaña de solidaridad con el pueblo polaco es que en la Argentina es protagonizada con singular vehemencia por el trotskismo vernáculo, al punto de inaugurar su primer mensuario ("Solidaridad Socialista" del M.A.S.) dedicando la totalidad de las notas a Polonia, sin alusión o comentario a la realidad nacional.

Las implicancias teóricas sobre la génesis del conflicto polaco ponen, paradójicamente al trotskismo argentino en la vereda de enfrente de León Trotski. Basándose en las posiciones del líder de Octubre en los últimos años de la N.E.P., la política económica que propugnaba y análogamente la política económica que se instrumentó durante la construcción del socialismo en Polonia. Durante los últimos años de la Nueva Política Económica dos posiciones podían diferenciarse. Una sostenía que la política económica de la N.E.P. seguía constituyendo el eslabón necesario entre el campo y la ciudad, siendo un factor dinamizador del mercado interno. La segunda consideraba que la prioridad básica era el desarrollo de la industria pesada y el freno de los gérmenes capitalistas en la ciudad y en el campo; a esta corriente adscribieron entre otros Preobrazhensky, V. Smirnov, Platakov conformando la Oposición y Trotski. Pero el desarrollo de la industria pesada implicaba un drástico recorte a los salarios y una política totalmente coercitiva hacia el campesinado.

Trotski y la Oposición consideraban que el salario o las condiciones inmediatas de vida del trabajador no contaban en un plan económico que debía atender a lo que denominaban "acumulación socialista primitiva". Esta posición fue expuesta por Trotski en el Duodécimo Congreso de abril de 1923.

El modelo económico polaco siguió los pasos del desarrollo fuertemente planificado, privilegiando la industria de base, sin tener en cuenta la creación de una industria ligera y un mercado dirigido al consumo.

Este desarrollo económico necesitó de un poder fuertemente centralizado y con componentes de tipo autoritario. Era el esquema que reivindicaría a Trotski en esos años y que luego Stalin pondría en práctica. Y es en este contexto político en que deben enmarcarse las polémicas de Trotski con Lenin y su defensa de la burocracia en abril de 1929 en nombre del bajo nivel político y cultural de las masas.

La caracterización de stalinista para calificar al régimen polaco es válida si se toma en cuenta que el programa de colectivización y desarrollo industrial que aplicó José Stalin en la U.R.S.S. lo tomó de los planes de la Oposición y de Trotski.

Los trotskistas argentinos, de todas las variantes, parecen en este momento mucho más cercanos a Bernstein y a la vieja socialdemocracia liquidacionista que a su figura señera.

DAVID Y GOLIATH

Boletín del Consejo Latinoamericano de
Ciencias Sociales (CLACSO)
Avenida Callao 875, piso 3º "E", Capital Federal
(1023) Argentina

CUADERNOS LATINOAMERICANOS DE ECONOMIA HUMANA

Centro Latinoamericano de Economía Humana
Dirección: Casilla de Correo 998,
Montevideo, Uruguay

ZONA ABIERTA

Director: Fernando Claudin
Redacción y administración:
Las Fuentes 12, sótano izquierda
Madrid (13), España

DISCURSO DE ENRIQUE DICKMANN
EL 1º DE MAYO DE 1928

Durante el acto del Partido Socialista, realizado el 1º de Mayo de 1928, frente a la Casa del Pueblo de Buenos Aires, el dirigente Enrique Dickmann pronunció un célebre discurso donde sintetizó los aspectos generales de la política socialista argentina. Era un momento muy difícil para el Partido Socialista, porque, a raíz de la separación de su "ala derecha" (Antonio de Tomaso-Federico Pinedo), el P.S. había perdido la elección en la Capital Federal, viejo baluarte socialista. En ese 1º de Mayo, junto a otros dirigentes socialistas, habló el líder del Partido Comunista de la República Argentina, José Fernando Penelón. Penelón fue el motor de la escisión comunista en 1917 y fundador del P.C. argentino. Por disidencias con el stalinismo —triumfante en la URSS y en el P.C. argentino—, se separó de esta agrupación en 1927, y fundó el P.C. de la República Argentina, que después del golpe militar de 1930, para lograr la legalidad tomó el nombre de Partido Concentración Obrera. Por eso, el viejo dirigente socialista, Enrique Dickmann, en su discurso se refiere a los que "sobraban" (De Tomaso-Pinedo) y a los que "faltaban" (Penelón). Por el interés del documento damos a conocer la transcripción textual del discurso aparecido en el diario "La Vanguardia".

"Las ideas y convicciones socialistas, los propósitos políticos y sociales firmes, la fe en el ideal y la persistencia y el entusiasmo en la acción se ponen a prueba, no en los tiempos de bonanza y de triunfo, sino en los tiempos de adversidad y de dura prueba que son frecuentes, y diría hasta necesarios, en los grandes y fundamentales movimientos populares.

"Y las convicciones, propósitos, fe, persistencia y entusiasmo en la teoría y la práctica del socialismo están ahora, más que nunca, arraigados en nuestra conciencia y más firmes en nuestra voluntad. Y aquí está el Partido Socialista —el viejo y glorioso Partido Socialista que ya ha pasado por cien pruebas de fuego— cobijado bajo los amplios pliegues de la bandera roja, símbolo internacional de la clase obrera y del socialismo, que para ser fecundo y eficaz no necesita de ninguna añadidura ni agregado para sintetizar sus vastas y generales aspiraciones de emancipación y sus concretas y actuales reivindicaciones sociales, y que no ha de oponerse a la bandera nacional, símbolo de

su autonomía e independencia; bandera nacional que no puede ni debe servir a ninguna camarilla ni grupo político para subalternas y mezquinas especulaciones electorales.

"Y aquí está el viejo y glorioso Partido Socialista en este 1º de mayo, a pesar de un revés electoral o debido a este revés, más firme y decidido que nunca, más vigoroso y pujante, más confiado en su porvenir y más dispuesto para la fecunda acción popular rodeado del calor y entusiasmo de la clase obrera argentina.

"Fuerzas políticas reaccionarias o coligadas ocasionalmente nos han cerrado las puertas del Congreso, pero no nos pueden cerrar las puertas de las fábricas, talleres y lugares de trabajo de la ciudad y del campo, donde nuestra voz resonará tanto o más firme que antes; fuerzas políticas conservadoras nos han privado de la resonante tribuna parlamentaria, pero no nos pueden privar de la fecunda tribuna de la calle y de la plaza, donde el Partido Socialista hará oír su viril y poderosa voz de verdad".

Se ocupó luego el doctor Dickmann de la historia y significado del 1º de mayo en el mundo, en la República Argentina y principalmente en la ciudad de Buenos Aires.

"Los socialistas —dijo— fuimos los primeros en celebrar en Buenos Aires, en 1890, el 1º de mayo, dándole un significado y contenido obrero y socialista.

"Cuando fuimos pocos, las clases privilegiadas, la prensa rica y el Gobierno nos ignoraban, nos silenciaban y nos despreciaban.

Fue la época de la conspiración del silencio y de los primeros de mayo modestos y casi ignorados.

"Pero a pesar de ello el Partido Socialista creció y adquirió prestigio e influencia popular, y entonces comenzó el período de la persecución violenta y sistemática. Fueron los primeros de mayo sangrientos y de luto; fueron las víctimas de la plaza Mazzini en 1902, de la plaza Lavalle en 1905 y de la plaza Lorea —hoy plaza del Congreso— en 1909. Fueron los años de los estados de sitio y las bárbaras leyes de residencia y de orden social. Fueron años aciagos aquellos. Muertos, heridos, presos, destierros, sangre, lágrimas y luto mancharon muchos primeros de mayo en la ciudad de Buenos Aires. Pero aquellos tiempos de persecución fueron también tiempos heroicos de afirmación y de crecimiento. Fueron los años del bautismo de fuego del Partido Socialista en la Argentina.

"Y ahora estamos en el período de la confusión intencional y sistemática, No habiendo podido ocultar, silenciar ni destruir el 1º de mayo, se trata ahora de confundir y embrollar su significado y tergiversar su contenido obrero y socialista. Ahora festejan el 1º de mayo hasta los peores enemigos de la clase obrera y del socialismo: lo festejan los círculos de obreros católicos y la Liga Patriótica.

"¡Período de peligrosa confusión que hasta hace posible el fomento de un socialismo para uso de conservadores!"

"Después de otras consideraciones —sigue diciendo el extracto entregado a 'La Vanguardia'— el doctor Enrique Dickmann destacó el significado de la espontánea incorporación a la manifestación socialista del Partido Comunista de la Región Argentina.

"Frente a la coalición de las fuerzas conservadoras y reaccionarias para derrotar al Partido Socialista, la conjunción y la fusión, si fuese posible, de las fuerzas obreras y populares bajo el estandarte del viejo y glorioso Partido Socialista es una necesidad y se impone —dijo el doctor Dickmann—. Se fueron los que sobraban en las filas socialistas y vuelven a ellas los que faltaban. ¡Bienvenidos sean!

"Los comunistas se han separado del Partido Socialista, no por razones doctrinarias fundamentales, sino por razones tácticas y de apreciación, engendradas por la gran revolución rusa. Pero unos y otros hemos rectificado y ratificado algunos puntos de vista doctrinarios y tácticos, y ahora muchas ideas y propósitos nos unen y algunas pocas nos separan.

"Confieso —agregó el doctor Dickmann— que los socialistas tal vez hemos exagerado la importancia de la legalidad, como los comunistas habrán exagerado la importancia de la violencia. La legalidad es respetable si ella es respetada y cumplida, sobre todo, por las clases privilegiadas y gubernamentales; pero si son ellas las que empiezan por violarla en detrimento del pueblo, que no se quejen entonces de que las fuerzas populares comprimidas salten por encima de la legalidad.

"Lo mismo sucede con la democracia y el sufragio universal. Son armas de la lucha eficaz y fecundas en tiempos normales y en pueblos que practican leal y honestamente la democracia y respetan en la forma y en el fondo el sufragio universal. Pero son armas que fallan en tiempos anormales y en pueblos que por causas políticas y sociales múltiples y complejas —que están fuera y por encima de la voluntad de los hombres— se salen de los cauces de la democracia y el sufragio universal.

"Por eso la revolución social no pueden provocarla los hombres cuando ellos lo quieren, como tampoco pueden impedirlos cuando circunstancias históricas, políticas y sociales la engendran y la hacen inevitable.

"Nos acusan a los socialistas —dijo, para terminar, el doctor Dickmann— de ser una secta que no sabe sino odiar. Las clases conservadoras y sus lacayos nos temen porque odiamos. Y bien, ciudadanos. Parafraseando al inmortal Emilio Zola, cuando sobre su cabeza se abacaron las injurias más atroces y las calumnias más inverosímiles, os diré cuáles son mis odios:

"Odio a la vil mentira y a los viles que la practican y la utilizan.

"Odio la injusticia social y a los hombres y a las clases cuyos privilegios están basados en la injusticia y por eso quieren perpetuarla.

"Odio a la ignorancia y a las clases e instituciones que en la ignorancia sistemática del pueblo fundan su poderío y prosperidad.

"Odio a la superstición intencionalmente fomentada para embrutecer al pueblo y mantenerlo en la esclavitud política y social.

"Odio, con odio inextinguible, a todos los Calibanes físicos y morales que sirven de lacayos a los poderosos de la tierra y de quienes reciben en pago las migajas de sus banquetes.

"Los que no saben odiar no saben amar.

"Amo, en cambio, al pueblo laborioso y fecundo, 'sincero aun en el error, hasta en la rebelión santo'.

"Amo a la verdad política y a la justicia social, a cuyo servicio he puesto, pongo y pondré mi corazón y mi cerebro.

"Amo la ciencia que educa, redime y emancipa, y la quiero al alcance del pueblo trabajador.

"Amo el arte que eleva, embellece y ennoblece, y lo quiero para el pueblo, que es fuente inextinguible del mismo.

"Amo a mi país y amo a la humanidad; amo el trabajo y amo la paz. Amo la vida digna y noblemente vivida por todos los seres humanos de la tierra.

"¡Tales son mis odios y mis amores, que son, seguro estoy de ello, los odios y amores del Partido Socialista en la Argentina y en el mundo!"

EN TEORIA

Director: Ludolfo Paramio

La revista teórica del pensamiento social actual

Edita: Zona Abierta Editores S. A.

Las Fuentes 12, sótano izquierda

Madrid (13), España

SOCIALISMO Y PARTICIPACION

Revista de crítica social

6 de Agosto 425, Jesús María,

Apartado 1, Lima, Perú

EL SOCIALISTA

Revista del P.S.O.E.
Calle de Santa Engracia, 90,
Madrid 3, España

LOS SOCIALISTAS Y EL MOVIMIENTO OBRERO

Introducción y notas de Emilio J. Corbière

- I.— La lucha de clases, por Jacinto Oddone
- II.— Orígenes del movimiento sindical argentino, por Alfredo López
- III.— La lucha obrera y la fundación de la C.G.T., por Martín S. Casaretto
- IV.— Técnica, educación y organización gremial, por José F. Penelón
- V.— La unidad obrera, por Alfredo P. Bravo

La historia de las luchas sociales argentinas, desde fines del siglo pasado hasta el presente, a través de dirigentes sindicales socialistas

Ediciones FUNDACION JUAN B. JUSTO

Adquéralo en avenida Corrientes 1485, piso 1º, Capital Federal
o en las principales librerías.

ICARIA, revista de crítica y cultura, Nº 7, Tomo I, Enero de 1983, Año 2.

Queda prohibida la reproducción de los materiales publicados, sin mencionar la fuente. *Director:* Emilio J. Corbière. *Administrador:* Alberto De Renzis. *Consejo asesor:* Eduardo C. Schaposnik, Carlos Polak, Saúl N. Bagú, Leopoldo Portnoy, Luis Vergne, Alfredo Galletti. Los artículos firmados no expresan necesariamente la opinión de la revista. Registro de la propiedad intelectual (en trámite). La correspondencia debe dirigirse a: Revista ICARIA, Centro "Manuel Ugarte", Aranguren 1919 (1406), Buenos Aires, Argentina. Tel.: 632-6378.